

# **Las batallas por las memorias en América Latina. Aproximación a las experiencias de Colombia y Chile a partir de estudios de casos<sup>1</sup>**

**The battles for memories in Latin America. Approaching the  
experiences of Colombia and Chile from case studies**

Elías Gabriel Sánchez González\*

## **Resumen**

Este trabajo realiza una aproximación teórico-metodológica a las temáticas de historia reciente, trabajos y batallas de las memorias como producto de acontecimientos violentos en contextos de conflicto, y las representaciones o relatos hegemónicos que de ellos se instauran. Este acercamiento se realiza a partir de los casos de Colombia, con el desplazamiento de la comunidad de la vereda El Encanto durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), y Chile, con la represión y el desplazamiento dentro de Santiago (ciudad capital), de los sectores populares producto del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y de la dictadura cívico-militar posterior (1973-1990).

**Palabras clave:** batallas de las memorias, territorio, historia reciente, desplazamiento forzado.

<sup>1</sup>Trabajo realizado a partir del proyecto “De la memoria a la historia del pasado reciente en el Cono Sur. Aportes, debates y desafíos para un campo en consolidación”, dirigido por la doctora Patricia Flier (FaHCE-UNLP), financiado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de La Educación (FaHCE) a través del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS-CONICET) de la Universidad Nacional de La Plata. Sumado al intercambio realizado con compañeros de distintas zonas de Colombia en La Maestría en Historia y Memoria durante los años 2012-2014.

\* Licenciado en Historia, mención de Estudios Culturales de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano Santiago de Chile. Realizó estudios en la Maestría de Historia y Memoria, Universidad Nacional de La Plata. Desde 2013 realiza el Doctorado en Historia, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, Argentina. Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) en el Instituto de Investigaciones y Políticas del Ambiente Construido (IIPAC) de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UNLP. Forma parte del grupo de investigadores que desarrollan el proyecto “De la memoria a la historia del pasado reciente en el Cono Sur. Aportes, debates y desafíos para un campo en consolidación”, dirigido por la doctora Patricia Flier (FaHCE-UNLP), financiado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación a través del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS-CONICET) de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: elias.sanchez27@gmail.com

**Recibido:** 13 de febrero de 2015 **Aceptado:** 19 de mayo de 2015

## **Abstract**

This article makes a theoretical and methodological approach to the issues of recent history, and to the works and battles of memories as a product of violent events in a context of conflict and hegemonic representations or narratives that are established thereof. This approach focuses on the cases of Colombia, with the displacement of the community of El Encanto township under President Álvaro Uribe (2002-2010), and Chile, with repression and displacement of the popular sectors within Santiago (the capital city), as a product of the coup of September 11, 1973 and the subsequent civil-military dictatorship (1973-1990).

**Keywords:** the battles of memories, territory, recent history, forced displacement.

**Sumario:** 1. Introducción, 2. Batallas por las memorias, 3. La emergencia de los trabajos de memoria en contextos de conflicto, 4. Memorias de la ciudad de Santiago de Chile: entre la Unidad Popular y la dictadura cívico militar 1970-1990, 5. Memorias en medio del retorno. La experiencia de la comunidad El Encanto, Alto Ariari, Colombia, 6. Reflexiones finales: memoria ¿para qué?, 7. Referencias bibliográficas.

## **1. Introducción**

Con este artículo se pretende ampliar el horizonte desde el Cono Sur y aproximarse a las “batallas por las memorias” que se libran en el resto de América Latina. Para ello se iniciará un diálogo entre los casos de Chile y Colombia, que, aunque situados en contextos y problemáticas disímiles, se vinculan en pro del conocimiento y reconocimiento, desde los países australes del continente, de los trabajos de memoria que se realizan en Colombia. Para esto, se presentarán dos experiencias, una urbana y otra rural, centrandó el foco de análisis en las memorias y sus usos estratégicos. Esto permitirá observar experiencias que, pese a lo traumático y a la magnitud de los sucesos, han logrado evocar y representar su dolor, activando luchas memoriales, políticas y judiciales, y convirtiendo al pasado en un territorio de disputa (Feld, 2011).

Por un lado, se analizan las políticas de “erradicación de población” dentro de la ciudad de Santiago de Chile durante la dictadura cívico-militar (1973-1990),<sup>2</sup> y por otro lado el proceso de “desplazamiento” (rural-urbano) e intento de retorno de la comunidad de la vereda El Encanto (Colombia) durante el periodo de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010). El primero es un pasaje silenciado de las políticas autoritarias de modernización que llevó a cabo la dictadura militar en Chile durante 1973-1990. Al aproximarse a esta realidad, se pretende ver cómo los militares encubrieron un desplazamiento forzado de población dentro de la capital, con el fin de castigar, disciplinar y desarticular la creciente organización y movilización social de los sectores populares, con el objetivo de liberar esos espacios por cuestiones culturales y económicas.<sup>3</sup>

El segundo caso resulta paradigmático a nivel regional, ya que, por un lado, se contextualiza en la existencia de un conflicto social y armado que data de más de medio siglo, en donde el terror de Estado no ha adquirido la forma de un régimen político de excepción (como lo fue en las dictaduras del Cono Sur). Y, por el otro, ni los acontecimientos ni las memorias que han nacido de esos hechos de violencia tienen que ver con “formas de sufrimiento originario” (Uribe, 2009:50), ni con tecnologías, prácticas y acciones masivas de concentración y exterminio de seres humanos, como las experiencias vividas en Auschwitz y el resto de Europa.<sup>4</sup>

Correlativo a estos sucesos, las resistencias “no violentas” han caracterizado los trabajos de memoria en Colombia, convirtiéndolas en un ejemplo de repertorios y estrategias simbólicas de lucha para enfrentar el dolor en un contexto de violencia creciente. Así, se estudiará una de

<sup>2</sup> Este tema forma parte del desarrollo del plan de trabajo de mi beca doctoral en el CONICET (2013-2018) “Historias, memorias y ciudad: Las huellas del pasado reciente en Santiago de Chile y Buenos Aires, Argentina, 1970-2010. El edificio UNCTAD III y la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA)”. Director: Dr. Arq. Gustavo San Juan (CONICET-IIPAC-FAU-UNLP), Codirectora: doctora Patricia Flier (FaHCE-IDIHCS-CONICET-UNLP).

<sup>3</sup> Estas políticas de escarmiento también apuntaron al campo chileno, ampliamente movilizado y organizado durante el periodo de 1964-1973 como producto de las reformas agrarias que se llevaron a cabo durante los gobiernos de Frei y Allende. Para mayor referencia, leer los trabajos de José Bengoa (2003).

<sup>4</sup> Aún con las diferencias de sistematicidad y alcance de la violencia, las cifras son elocuentes del costo social y humano que ha alcanzado el largo conflicto en Colombia, situándolo en uno de los más complejos en América Latina: más de 30.000 desaparecidos (según datos del AsFaddes), más de 4.000.000 de desplazados (consultoría para los Derechos Humanos y el desplazamiento, Codhes), 25.000 secuestrados entre 1996 y 2008, y entre 70.000 y 250.000 muertes violentas (Villa, 2009).

estas experiencias, sus silencios, apuestas y estrategias, logros y límites, teniendo en cuenta la posibilidad que un posconflicto les dará a los trabajos de memoria en Colombia.

## **2. Batallas por las memorias**

La noción “batallas por las memorias” entrega un marco explicativo para las experiencias de resistencia política que desde la reflexión y elaboración del recuerdo traumático, ya sea a partir de la muerte de un ser querido o un compañero de militancia, o desde la experiencia del despojo de sus enseres, su tierra, su casa o su modo de vida, debe reconstruir su trama tanto en lo individual como en lo social.

En esto consisten los “trabajos de la memoria”, en la posibilidad de saber y explicar lo sucedido, recuperar sueños o anhelos políticos de seres queridos, y permitir, a través de distintos dispositivos, la lucha por la verdad y la justicia (Jelin, 2002). De este trabajo parten estas batallas y ellas comienzan a disputar en el espacio público la explicación, representación y organización que del pasado han hecho las instituciones del Estado. Se trata, en definitiva, de una lucha cultural.

Dicha batalla confronta la posibilidad del recuerdo, el duelo y la justicia, con “estructuras heredadas de percepción” (Briceño Donn y Uprimny, 2009:22), “recuerdos pantallas” (Ricoeur, 2010:571) y “sentido común” (Portelli, 2004:125), los cuales incitan a ver y percibir los hechos desde el punto de vista dominante. En el caso colombiano, las estructuras y sentidos son las que tienden a naturalizar y justificar la violencia, negando el punto de vista de los desplazados, de los campesinos, al ser identificados como colaboradores o base de la guerrilla, lo que termina justificando cualquier terror sufrido (Briceño-Donn y Uprimny, 2009).

En el caso de Chile, sectores obreros, populares y campesinos fueron fuertemente castigados durante la dictadura, ya fuera por su militancia de izquierda o por el solo hecho de haber representado el imaginario cultural sobre el que se sustentó el proyecto político de la izquierda. Hoy en día, ninguna estructura del Estado o ningún partido político se atreven a movilizar las imágenes y discursos anteriores al 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, la batalla de la memoria en Chile se alza de vez en cuando,

movilizando figuras negadas y avergonzadas por la historia oficial. Se puede observar que los residuos de esas memorias: imágenes, documentales, testimonios, murales, canciones, literatura, etc., se entretrejen negando las representaciones y los usos que del pasado hace el Estado.

En el caso de Colombia, algunas hipótesis remiten a pensar que el regionalismo (su geografía) y la dispersión de su población a nivel rural, sumado a estructuras de represión tanto estatales como para estatales, han contribuido a la diseminación de las memorias, al castigo e inclusive al anonimato de los emprendimientos que desde estos lugares se realiza (en muchos casos terminan en asesinatos de líderes comunitarios). A pesar de esto, se han montado emprendimientos por el reconocimiento político de los acontecimientos violentos acaecidos en cada localidad o región sea del actor que sea (guerrilla, Estado o paramilitares).<sup>5</sup>

El problema que surgió en Chile, al igual que en otros países, y del que Colombia no estará ajeno, es que la memoria no puede dictar de forma absoluta la manera como un pueblo debe pensar su historia (Traverso, 2012). Hay una tendencia excesiva a las leyes e instituciones que llevan las siglas “memoria histórica”, que han proliferado en los últimos diez años. El pasado no puede ser, como indica el historiador italiano Enzo Traverso(2012), una cuestión solo de la memoria, y la Historia no puede ser solo un marco explicativo o terminar viendo a la memoria como algo muerto por llevar el epígrafe de histórica (como algo que ya pasó).

Para dar un ejemplo, Traverso, a propósito de la ley de “reconocimiento y reparación”, votada en España en 2007 (que fue conocida como “ley de memoria histórica”), planteó sus reservas ante tal identificación. Esto debido a la dificultad de confundir ambos términos:

La memoria es un conjunto de recuerdos individuales y de representaciones colectivas del pasado. La historia, por su parte, es un discurso crítico sobre el pasado: una reconstrucción de los hechos y los acontecimientos pasados tendiente a su examen contextual y a su interpretación (Traverso, 2012:282).<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Observando el caso colombiano, se debe subrayar la persistencia del conflicto y la tenacidad con que investigadores y agrupaciones de derechos humanos han llevado y mantenido la memoria como exigencia de justicia, pese a las dificultades que reinan en este país.

<sup>6</sup> Esta ley buscó dar respuesta a la demanda social que existía en torno a los crímenes perpetrados durante la dictadura franquista (Traverso, 2012).

Pese a la advertencia, es indudable la productividad horizontal y la solidaridad que ha logrado aquella relación.<sup>7</sup> En suma, en contextos de violencia e impunidad, los trabajos de la memoria, como los de la historia, se van transformando en una de las principales formas de acceder a la reconstrucción y elaboración de acontecimientos violentos, sobre todo cuando la justicia no responde, y cuando la clandestinidad en que ocurren los hechos y los intereses que suscitan buscan impedir el esclarecimiento y reconocimiento público de los mismos, a través de la intimidación, la muerte o la destrucción de sujetos y huellas.

### **3. La emergencia de los trabajos de memoria en contextos de conflicto**

Varios historiadores y sociólogos exponen las dificultades que pueden acarrear los trabajos de memoria o historia en contextos donde el conflicto no ha concluido o los acontecimientos son muy cercanos temporalmente.<sup>8</sup>

En Colombia, el denominado periodo de La Violencia (1948-1965) abre los cauces de un conflicto social y armado que se ha prolongado hasta la actualidad (Ansaldi y Giordano, 2012:375-376). Si a eso agregamos la proliferación de “carteles narcotraficantes”, sustentados en la producción y comercialización de marihuana y cocaína, vamos complejizando aún más la dinámica política, tanto en zonas rurales como urbanas, al generar códigos particulares en la resolución de las contiendas por el control de redes de producción y comercialización (Ansaldi y Giordano, 2012).

Esta violencia se acrecienta con las acciones de venganza de los combatientes de las distintas organizaciones armadas presentes en el conflicto (guerrilla, paramilitares, ejército, policía y narcotráfico). A

---

<sup>7</sup> Como lo explica Dominick La Capra: “La historia puede no capturar nunca algunos elementos de la memoria: el sentimiento de una experiencia, la intensidad de la alegría o del sufrimiento, la cualidad de lo que sucede. Pero la historia comprende elementos que no se agotan con la memoria, como los factores demográficos, ecológicos y económicos. Lo que tal vez es más importante es que pone a prueba la memoria e idealmente lleva al surgimiento de una memoria más exacta y a una evaluación más clara de lo que es o no fáctico en la rememoración”(2009:34).

<sup>8</sup> Entre ellos se encuentran Enzo Traverso, Elizabeth Jelin y Alessandro Portelli. Este último, en un seminario en el año 2013, en la Universidad Nacional de La Plata en Argentina, hizo mención a lo difícil de realizar trabajos de memoria e historia oral en la franja de Gaza en Palestina, por ejemplo, donde también hay desplazados y donde el conflicto es de larga data y siguen ocurriendo hechos de violencia que no les permiten a las víctimas lograr la distancia para elaborar el trauma, ni aseguran la integridad física y psíquica de los académicos.

ello se suman los intereses de empresas transnacionales y nacionales en la explotación de recursos naturales, lo que va haciendo del conflicto un paisaje muy complejo de solucionar.

Ante tal escenario, las investigaciones de historia reciente y memoria tienen dos retos: por un lado, cuestionar los postulados que invalidan o relativizan, en un afán cientificista, la posibilidad de realizar trabajos de memorias e historia en contextos donde no ha habido un cierre real y simbólico de los procesos de violencia. Y, por otro, develar actores y dinámicas en las que se encuentran implicados poderes hegemónicos internacionales, nacionales y regionales, lo que lleva al investigador a inmiscuirse en posturas políticas. Para el historiador francés Henry Rousso (2007), trabajar con la memoria significa relacionarse con la “posteridad” de los acontecimientos, sin tener certeza de la posibilidad de delimitación o superación del suceso.<sup>9</sup>

Para el caso colombiano, no se ha presenciado un cierre simbólico ni concreto del conflicto, y ello se suma a la perpetuidad del dolor, la vergüenza y la derrota. Situación observable en las propias representaciones que se hacen de los hechos, algunas veces reprimidos y silenciados en el espacio público, otras inundados por historias mal contadas que van haciendo más difícil develar esos olvidos impuestos desde el poder. Ante tal desafío, Rousso (2007) instó a trabajar con la posteridad de los acontecimientos, con la memoria de los mismos. ¿Cómo pensarlo inacabado? ¿Cómo pensar la historia en movimiento?

Sin embargo, en la situación de Colombia no se trata únicamente de trabajar con la posteridad. La serie de acontecimientos traumáticos que siguen ocurriendo, y la demanda social que exige la intervención profesional, han hecho que muchos investigadores centren su lente y compromiso en detener la producción y justificación de esos sucesos violentos. No se trata de pensar solo lo inacabado, sino también lo que acontece.

Desde la historia y la sociología hubo muchos intentos por abarcar el período de violencia, tratando de darle una explicación en su propio devenir.

<sup>9</sup>La supervivencia de hechos de violencia ha demostrado, inclusive en Europa, que aun cuando han pasado cerca de 70 años del fin de la Segunda Guerra Mundial, todavía se debaten temas, acontecimientos y se busca juzgar o acreditar responsabilidades de sujetos o instituciones que colaboraron con el régimen Nazi, en la ocupación y deportación de judíos hacia campos de concentración y exterminio (Rousso, 2007).

Trabajos como los de Francisco Leal Buitrago (1989), Daniel Pécaut (2001) y la extensa obra de Gonzalo Sánchez, permiten un conocimiento sobre el derrotero político, económico y social de la historia reciente de Colombia. Asimismo, las investigaciones desarrolladas por el Centro de Memoria Histórica, las del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, las de las organizaciones de víctimas como Movice, Hijos o Asfades; el proyecto Colombia Nunca Más, los trabajos del CINEP, del ICTJ y los de investigadores como Alejandro Castillejo, dan cuenta de un gran avance tendiente al esclarecimiento de las violaciones a los derechos humanos, la elaboración del trauma y la movilización de la memoria como exigencia de justicia.

En Chile, la dictadura duró 17 años (de 1973 a 1990), y dejó todo un entramado constitucional para que la democracia estuviese siempre a su sombra (Rouquié, 2011). Por eso resulta interesante observar desde otra óptica esa institucionalidad; parafraseando a Rousso (2007), nuestros análisis se facilitarían si vemos las dictaduras como momentos particulares de la historia de los Estados y no como paréntesis en su devenir. Pese a estos corsés, los trabajos de memoria se multiplican en Chile y se retroalimentan de la demanda social que exige conocimiento.<sup>10</sup>No obstante, no se esperó a que terminase la dictadura para comenzar trabajos de memoria o de historia enfocados en la recopilación de información y en la re elaboración y movilización de la identidad de los sectores golpeados por la represión.

El trabajo realizado por la Vicaría de la Solidaridad (antes Comité Pro Paz), creada en 1976, no solo ayudó a la contención de familias de torturados y desaparecidos, sino que también coordinó una secretaría de justicia que veló por los derechos de detenidos, el esclarecimiento de detenciones y desapariciones y, en último caso, la recopilación de testimonios e información relevante en la posteridad para posibles juicios. Junto con el trabajo de la Agrupación de Familiares de Detenidos

---

<sup>10</sup> Las distintas conmemoraciones de la muerte de Salvador Allende se transforman en explosiones de movimientos sociales que exigen justicia. El trabajo realizado desde el Museo de La Memoria o desde Villa Grimaldi, antiguo centro de tortura y exterminio, y otros lugares de memoria, han aportado a la difusión de los sucesos acaecidos durante la dictadura militar. También se están realizando trabajos en los barrios, con obreros y pobladores que participaron en la experiencia de la Unidad Popular mediante los llamados Cordones Industriales y Juntas de Abastecimiento Popular, así como trabajos de memoria sobre la represión que sufrieron en la dictadura. Para más información, visitar la página “Ruta de las artes y la memoria”, de Pedro Aguirre Cerda: <https://www.facebook.com/groups/1436729769949712/?fref=ts>



Desaparecidos en plena dictadura, ello da cuenta de la existencia de trabajos de memoria enfocados en esclarecer los sucesos y la impunidad en relación con el desaparecimiento forzado de personas y al reconocimiento legal de aquellos crímenes cometidos por el Estado.<sup>11</sup>

Asimismo, fue durante el régimen cuando comenzaron a surgir “experiencias de recopilación de memorias populares al calor de los talleres de educación popular y otras organizaciones de base en las poblaciones marginales” (Nicholls, 2007:2-3).<sup>12</sup> Bajo la dictadura militar, los trabajos de memoria e historización se enfocaron en la recuperación de testimonios e historias de vida, que buscaron re-articular identidades que eran amenazadas y castigadas por el régimen. Según la historiadora chilena Nancy Nicholls (2007), la memoria en este contexto se alzó como una poderosa herramienta política, psicológica y judicial, para que los sectores populares tuviesen herramientas con que enfrentar al régimen.

Sin embargo, para casos como el chileno (e inclusive el colombiano), historiadores europeos como Traverso (2007) y Groppo (2001) insisten en que la memoria no ha dado paso a la historia, puesto que no ha habido un alejamiento necesario o una ruptura simbólica con el pasado. Si a ello se suman los cerrojos y las fuerzas interesadas en bloquear o frenar las investigaciones, se va haciendo más difícil historizar el pasado.<sup>13</sup> Para Rousso, la historización “no depende mecánicamente del tiempo que nos separa de los acontecimientos analizados sino de la coyuntura política o cultural que puede hacer más o menos difícil el trabajo de los historiadores” (2007:41).

Ante esto, se hace necesario cuestionar la idea de “cierre simbólico”, superarlo si es necesario, o tomarlo como una idea provincial de Europa,

<sup>11</sup> Para mayor información, consultar el archivo digital de memoria chilena (Biblioteca Nacional de Chile. <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3547.html#documentos>)

<sup>12</sup> Trabajos de memoria y reconstrucción historiográfica que buscaron re articular y dignificar identidades que fueron amenazadas y castigadas durante el régimen. En este aspecto, los trabajos de Mario Garcés y Pedro Milos entorno a la ONG ECO han sido de un valor metodológico y pedagógico muy importante, como también los realizados por el PET (Programa de Economía y Trabajo) y la FLACSO.

<sup>13</sup> Enzo Traverso lo explica de esta forma: “Al mismo tiempo, en lo que respecta a las formas propias de la transición hacia la democracia, sin ruptura radical, sin una verdadera depuración de las instituciones militares, con algunos procesos seguidos por leyes de amnistía que desembocaron en la impunidad de los verdugos, la memoria no ha podido hacer lugar a la historia. La dictadura militar no se derrumbó, como el fascismo europeo en 1945, sino que se retiró discretamente de la escena. En resumen, no se ha podido establecer una distancia respecto al pasado: ha habido un alejamiento cronológico, no una separación marcada por fuertes rupturas simbólicas” (2007:84-85).

que ni siquiera ha podido aplicarlo a su contexto político (ya que en él también hay intereses que han intentado frenarlas investigaciones). En el caso de Colombia, la idea de un cierre simbólico ha rondado las expectativas en relación con la desmovilización de la guerrilla de las FARC, a partir de la mesa de negociación con el gobierno de Juan Manuel Santos. La idea de posconflicto responde a una estrategia política, pero también a un reclamo ciudadano, que exige la posibilidad concreta de desmovilización de la guerrilla, pero también un cese al fuego de parte del Estado, y el esclarecimiento de las masacres ocurridas y amparadas por la institucionalidad política, sobre todo las relacionadas con el paramilitarismo.

Sin embargo, la coyuntura política y cultural en Colombia durante estos últimos cuatro años ha sido propicia para el trabajo de investigadores, para la visibilidad y puesta en movimiento de las memorias castigadas, y hasta para el reconocimiento de hechos de violencia acaecidos durante las últimas décadas (por ejemplo, la visibilización y movilización de las investigaciones del Centro de Memoria Histórica y las conexiones que a nivel internacional se han ido elaborando).<sup>14</sup>

En definitiva, pese a la coyuntura política y cultural, el compromiso de los investigadores guarda relación con una “demanda social” de la cual la academia no puede desligarse.<sup>15</sup>Dicha demanda exige pensar la violencia a la que ha sido sometida la sociedad, pidiendo que la memoria y la historia hagan parte de las estrategias conducentes a esclarecer los hechos y proteger los dispositivos que le permiten a la memoria expresarse y a la historia leerse.<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Vale advertir que el problema de trabajar con el pasado cercano resulta más complejo para historiadores (por las propias trabas disciplinares), no lo es así para sociólogos, antropólogos o trabajadores sociales (por ese motivo, los grandes aportes y aperturas a este campo han venido de la mano de estas disciplinas).

<sup>15</sup> Demanda que sin duda se ha escuchado en los dos países, pero en ambos ha pagado altos costos: exilios, muertes, quema y prohibición de sus obras, congelamiento o expulsiones de sus carreras docentes, amenazas a familiares y amigos. En el caso de Chile, muchos investigadores y profesionales tuvieron que salir exiliados por las amenazas y torturas recibidas; en el caso de Colombia, se ha hecho muy famoso el caso del profesor Miguel Ángel Beltrán, quien realizó en 2012 una charla en la Maestría de Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata, en Argentina, sobre el conflicto en Colombia. Ha sido encarcelado en varias oportunidades, y expulsado de su cátedra en la Universidad Nacional de Colombia, siendo acusado de ideólogo de la guerrilla a nivel internacional.

<sup>16</sup> Como lo explicó Yerushalmi: “En el mundo que hoy habitamos, ya no se trata de una cuestión de decadencia de la memoria colectiva y de declinación de la conciencia del pasado. Sino de la violación brutal de lo que la memoria puede todavía conservar, de la mentira deliberada por deformación de

#### 4. Memorias de la ciudad de Santiago de Chile: entre la Unidad Popular y la dictadura cívico-militar, 1970-1990

La impunidad con la que se inscribió la acción castrense y de sectores civiles durante el régimen ha sido difícil de superar.<sup>17</sup> Los distintos gobiernos posteriores a la dictadura han intentado saldar cuentas con el pasado mediante monumentos, leyes de amnistía, informes y reparaciones; pero este sigue molestando en cada conmemoración o espacio vinculado a él (por ejemplo el golpe militar, el natalicio de Allende, etc.).

De modo que la posteridad de los acontecimientos ha ido generando “memorias emblemáticas” que operaron durante el conflicto y después de él. Estas memorias, como lo plantea el historiador Steve J. Stern (2000), funcionan como encuadramiento de las memorias y contra memorias dispersas, que van articulando las formas de recordar y olvidar en Chile.

La primera que se ha podido identificar es la “memoria como salvación”: el relato de la derecha, de la democracia cristiana y de los militares. Esta memoria justifica la violencia hacia los sectores populares, y todas las estrategias militares posibles para extirpar el “cáncer marxista” de Chile. Para este relato, el trauma está representado por todo el período anterior al golpe de Estado: “En este contexto o marco, lo que hay que recordares, por un lado, lo catastrófico y lo espantoso del período 1970 a 1973, o mejor aún, de 1964 a 1973, y por otro lado, que el país encontró una solución a problemas muy profundos... después de 1973” (Stern, 2000:15).

La segunda memoria está más ligada al trauma, y aparece como “ruptura no resuelta”: es la que muestra el drama del terrorismo de Estado. La desaparición y la tortura se entretrejen en este relato, en la voz de familiares y amigos que llevan como un estigma la “herida insoportable”

fuentes y archivo, de la invención de pasados recompuestos y míticos al servicio de los poderes de las tinieblas. Contra los militantes del olvido, los traficantes de documentos, los asesinos de la memoria, contra los revisores de enciclopedias y los conspiradores del silencio, contra aquellos que, para retomar la magnífica imagen de Kundera, pueden borrar a un hombre de una fotografía para que nada quede de él con excepción de su sombrero, el historiador, el historiador solo, animado por la austera pasión de los hechos, de las pruebas, de los testimonios, que son los alimentos de su oficio, puede velar y montar guardia” (Yerushalmi et al., 1998:25).

<sup>17</sup> Pese a la salida de los militares en 1990, varios de ellos, incluyendo al propio dictador, se quedaron salvaguardando su obra desde las ramas castrenses y otros acólitos desde el sistema político (por ejemplo, Augusto Pinochet fue comandante en jefe del ejército hasta 1998, y senador vitalicio hasta el 2002; murió en el año 2006).

que significó la desaparición y muerte de sus seres queridos. Sin embargo, pese a la herida, hay una tercera memoria emblemática: es una memoria democrática, que nace a partir del contexto dictatorial y fue la que movilizó y puso a prueba los valores y compromisos de la sociedad chilena ante los acontecimientos sufridos (Stern, 2000).

Por último, producto del retorno a la democracia y los pactos que conllevó, persiste una “memoria como olvido”, “como caja cerrada”:

La idea central es que el tema del once y de la violencia bajo el gobierno militar puede ser un tema importante, pero es un tema peligroso y hasta explosivo si se abre la caja. Son memorias peligrosas para las vidas personales, familiares y colectivas del país. (Stern,2000:17).

Esta caja se ha ido abriendo paulatinamente, en relación con los acontecimientos sufridos durante la dictadura, no así con respecto a la experiencia de la Unidad Popular, que sigue como un capítulo reprimido y criminalizado por la historia oficial. Por esta razón, los gobiernos “democráticos” desde 1990 han optado por mantener cerrada la caja, para evitar cualquier cuestionamiento a la institucionalidad política y al relato

#### **4.1 La memoria reprimida: Santiago de Chile antes del 11 de septiembre de 1973**

El sociólogo chileno Vicente Espinoza, en su libro *Para una historia de los pobres de la ciudad*, dio cuenta de un fenómeno que aún hoy persiste: la historiografía tradicional “dejó de lado” la posibilidad de hacer “historia reciente”, enfocada *en y desde* las acciones de los sectores populares (Espinoza, 1988). Sin embargo, a pesar de la negación y criminalización, gran parte de la ciudad de Santiago es testimonio de la producción de un espacio urbano construido por el movimiento social que lideraron “los pobladores”. Movimiento tan fuerte, que fue “capaz de instalar a la izquierda como un actor vital en la sociedad chilena, logrando catapultar al conglomerado al gobierno a partir del triunfo de Salvador Allende en septiembre de 1970” (Villagrán, 2005:5).

Tomar su sitio fue la acción con la cual los pobladores presionaron a la institucionalidad para apresurar una respuesta a sus necesidades históricas

(vivienda, salud, educación, trabajo). Bajo esta acción no solo empujaron al Estado a responder, sino que también se fueron constituyendo en el territorio como hacedores de historia (Garcés, 2005). A causa de estas acciones, la institucionalidad política se vio obligada a contestar. Son emblemáticos los sucesos ocurridos con la toma de “La Victoria” en 1957, en Santiago, los cuales impulsaron la generación, desde 1959, de una serie de planes de vivienda de parte del Estado.<sup>18</sup>

Si bien en varias oportunidades su acción directa concluyó con la solución habitacional, el movimiento tuvo que enfrentar la fuerte represión del Estado, la violencia hacia niños, mujeres y ancianos, y la discriminación y criminalización de sus demandas, experiencias, memorias e historias. Además debió resistir no solo las embestidas de la policía o el ejército, sino también las condiciones del propio territorio en el cual lograban asentarse.<sup>19</sup>

A partir de los talleres de educación popular, varios pobladores buscaron revalorar identidades golpeadas por el régimen durante la dictadura, documentando sus historias de vida, reivindicando aquellos actos fundacionales frente a la estigmatización de sus entornos socio-territoriales, y evocando los recorridos que los llevaron a llegar a la toma:

Por fin llegó el gran e histórico momento en que había que jugarse el todo por el todo. El día 29, un reguero de pólvora golpeó las puertas llevando la noticia: la toma va. Esa noche, en todos los comités las instrucciones estaban dadas. Requisitos indispensables: ser pobre, tener chiquillos, tres palos y una bandera. Había llegado la hora de las definiciones de cada cual. Había mujeres que iban sin la autorización del marido y con la amenaza de una buena pateadura si les iba mal. Pero cuando se ha sufrido las penas de

<sup>18</sup> En palabras del historiador chileno Mario Garcés, “Esta toma fue más amplia y de mayor impacto en la sociedad (...) los pobladores, después de la hazaña de La Victoria ganaron en confianza y en claridad estratégica: si el Estado no construía, al menos tomarían sitios y construirían por sus propios medios como lo hicieron en La Victoria, que pronto superaría los 18 mil habitantes” (2005:59).

<sup>19</sup> Para ilustrar el contexto, Chile en 1970 tenía un poco más de 9.000.000 de habitantes. De 32 tomas de terreno en la década de los cincuenta, se pasó al doble a comienzo de los años sesenta, y el número aumentó vertiginosamente a finales de los sesenta. A pesar de los intentos del Estado, inclusive durante la UP, los pobladores ya habían tomado la solución en sus manos, puesto que era la forma más rápida de lograr su vivienda. En 1972 se contabilizaban 275 campamentos nacidos de tomas de terreno, con alrededor de 456.500 habitantes, y en 1973 alcanzó la cifra de 500.000 (17,85% de la población de Santiago), según datos del Ministerio de Vivienda y Urbanismo chileno (de Ramón, 2007:251).

la falta de techo, se han muerto las guaguas y nadie nos escucha, hay que usar otras alternativas. En esos términos se escuchaban estos comentarios: “Oigan, chiquillos, su papá no quiere que vayamos a la toma, pero yo me voy de todas maneras; me llevo a los más chicos, ustedes esperan a su papá, le dan la comida, le dicen que yo me fui a la toma nomás” (Fariás, 1989:55)

Una fría madrugada en la comuna de Barrancas, bajo una densa niebla que señalaba el comienzo del otoño y entre las sombras que proyectaban los montículos de la tierra árida, comenzó primero como un susurro que —a medida que pasaban los minutos— crecía como un murmullo, esa masa incontenible de pobladores que llegaba de todas partes, en sigilosas hileras, con carretones o carretas. Semejaban extraños soldados con mochilas improvisadas, arrastrando bolsos, desechos, cartones, con frazadas a cuestas, con niños que apurados caminaban de la mano o en brazos de su madre, llenos de esperanza. Caminaban en silencio algunos, otros se comunicaban por señas, mirando a su alrededor con inquietud, como presintiendo que el mal acechaba en las sombras. “Silencio, compañero, calle la boca—pedía a media voz uno de los dirigentes—; y cuidado con los pacos, que puede quedar la escoba. Era la mañana del 16 de marzo de 1967 (Paredes, 1989:85).

Cuando la Unidad Popular (UP) llegó al gobierno en 1970, se hizo a las demandas y luchas del movimiento de pobladores, declarando como un derecho y obligación del Estado entregar un suelo y una vivienda para su pueblo, en contraposición a lo planteado por el gobierno anterior de Eduardo Frei Montalva, DC (Garcés, 2005).<sup>20</sup> La reivindicación de este derecho social, pese a la protesta y los intentos de boicot por parte de la derecha, se transformó en una batalla en conjunto entre el gobierno y pobladores en contra de la matriz cultural que constantemente segregaba, expulsándolos a la periferia. El objetivo del gobierno fue dejar de expulsar hacia los arrabales a la población que demandaba vivienda, puesto que no había equipamiento urbano ni llegaba locomoción colectiva, lo cual

---

<sup>20</sup> El gobierno Demócrata Cristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) trató de dar respuesta al déficit habitacional (600.000 viviendas), creando no sólo un Ministerio de Vivienda, sino además una política de “promoción popular”. Política que buscó movilizar y organizar a los sectores marginales con el fin de encausarlos institucionalmente y quitarle la base de apoyo a la izquierda, sobre todo a su candidato: Salvador Allende. Pese a su intento de construir 350 mil viviendas, solo se llegó a construir 230.000 (en seis años), sumado a un sesgo político enfocado hacia la clase media y a la fuerte represión desatada hacia las tomas de terreno que siguieron proliferando a nivel nacional. Así, Frei fue perdiendo su base de apoyo en los sectores populares, y terminó su mandato bajo un gran descontento popular.

hizo más difícil mejorar su entorno socio-espacial e incluirlos territorial y culturalmente a la vida de la ciudad (Lawner, 2008).<sup>21</sup>

A pesar de los avances, todo el proceso se vio truncado por el contexto político en el que se desarrollaron: El gobierno de la UP, al haber focalizado la inversión en los sectores más postergados, tuvo que enfrentar el terror de los sectores pudientes que cuestionaban su convivencia con los pobres de la ciudad.<sup>22</sup> El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 sorprendió a todos, cambiando las reglas que habían regido a Chile institucionalmente durante más de cincuenta años:

El golpe los sorprendió, en muchos casos, con sus poblaciones a medio construir, y sin las orientaciones ni los recursos para defender al gobierno y hacer frente a la represión que pronto se cernió sobre las poblaciones, a través de “allanamientos masivos” contratos crueles y humillantes así como la detención, tortura, muerte o desaparición de muchos de sus más emblemáticos dirigentes (Garcés, 2005:79).

## 4.2 La transformación por la fuerza

El 11 de septiembre de 1973 puso fin al gobierno de la Unidad Popular (con un despliegue de las Fuerzas Armadas que anuló cualquier tipo de resistencia). De esta manera comenzó a desatarse el disciplinamiento que permitió la transformación y la instalación del modelo neoliberal en Chile (Harvey, 2007). La supuesta “erradicación de la pobreza” tuvo altos costos sociales, siendo una de sus políticas la relegación violenta de pobladores hacia la periferia de Santiago, mediante las llamadas políticas de “erradicación”.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> Las acciones emprendidas por la Unidad Popular buscaron revertir la tendencia segregacionista que operó en la producción de espacio urbano y que mantenía a los sectores populares fuera del centro político, económico y cultural de la ciudad (Sepúlveda, 2004).

<sup>22</sup> A su vez tuvo que luchar contra bloqueos económicos y políticos a sus acciones socio-territoriales, y a boicots internos, como el desabastecimiento, que también afectó al sector de la construcción, y por lo tanto a la producción de viviendas. Aun así, durante el gobierno de Allende (1970-1973) se construyeron cerca de 160.000 viviendas, además de unas 20.000 que inició la Corporación de la Reforma Agraria, que se levantaron en asentamientos agrícolas o localidades rurales. Ningún gobierno antes o después ha podido superar estas cifras, pese al contexto de boicot económico y político que enfrentó y a la corta duración de su gobierno (Lawner, 2008).

<sup>23</sup> Según datos aportados por los historiadores chilenos César Leyton y Cristián Palacios (citado por Becerra, 2012), fueron más de 29.000 las familias desplazadas durante la dictadura. Cabe mencionar que la dictadura solo habla de familias, ya que no quiso magnificar su acción sino que buscó encubrirla bajo una

Entre 1975 y 1978 comenzaron las llamadas “erradicaciones”<sup>24</sup> de familias que habían adquirido sus viviendas definitivas, o se encontraban en tomas a la espera de las mismas en 1973.<sup>25</sup> Respecto a este punto, son ilustrativas las explicaciones de Paula Rodríguez y Alfredo Rodríguez (2014), ya que estas erradicaciones buscaron detener el accionar político de los sectores populares y paralizar las tomas de terrenos, separando a las organizaciones de pobladores mediante su diseminación en distintos puntos de la periferia. Sin embargo, liberar el espacio urbano de la marginalidad no conllevó solo políticas de erradicación de población en la ciudad, sino además políticas de “recalificación” de espacios urbanos simbólicos de la izquierda, como fue el caso de los centros culturales y de poblaciones fundadas durante la Unidad Popular, a las cuales se procedió a erradicar o cambiar de nombre (Sánchez, 2014).<sup>26</sup>

En definitiva, el ejercicio de la violencia desatado por la dictadura operó segregando cultural y geográficamente a un estrato de la población por motivos políticos, económicos y culturales. Segregación que sigue operando en las representaciones que se hacen del pasado y en las políticas sociales hacia estos sectores, marcando como un estigma su origen territorial y social o el hecho de haber representado culturalmente a la Unidad Popular.

política de “erradicación de la pobreza”, política que sólo se llevó a cabo en las comunas más pudientes de Santiago, al costo de marginalizar aún más las condiciones de vida en la periferia de la ciudad.

<sup>24</sup> Muy ilustrativa de este proceso es la película chilena *Machuca* (2004), que muestra las realidades tan opuestas entre el mundo popular y los sectores más pudientes de Santiago, lo difícil que resultó su convivencia en un mismo territorio, y la intención de la Unidad Popular de hacerlos convivir en el espacio educativo (pero también en el barrio); y al irse polarizando el contexto político, esos puntos de encuentro se fueron desvaneciendo, terminando de un solo golpe con la dictadura, la intervención y el desplazamiento forzado de campamentos ubicados en lo que los sectores pudientes consideraban su territorio.

<sup>25</sup> Como lo documenta Miguel Lawner, los desalojamientos eran bastante violentos, como lo describe un artículo publicado por la Revista *Ercilla* en 1978: “Revista *Ercilla* 28 de diciembre de 1978: Insólito, violento, brutal, son los calificativos que recibió el operativo policial para desalojar a los moradores de 112 departamentos de la Villa San Luis de Las Condes. La media noche del jueves 28 de diciembre, los ocupantes de los departamentos fueron sorprendidos por un inusitado operativo. Se acordó el sector y se ordenó a las familias que salieran con sus pertenencias inmediatamente. Unos 500 carabineros fueron encargados de trasladarlas a sus lugares de origen. Veinte familias quedaron en una cancha de fútbol en el paradero 37 de Santa Rosa, ocho en medio del camino a San José de Maipo, cuatro en un basural en las inmediaciones de Lo Curro, y unas ochenta en Renca” (Lawner, 2008:292).

<sup>26</sup> Como lo consignan Cáceres y Millán (2014), las “re denominaciones” buscaron disociar a los sectores populares como base simbólica y electorado de la UP; así, lugares que llevaron nombres como “Nueva Habana”, “Che Guevara” o “Fidel Ernesto” fueron rápidamente re denominados.



## 5. Memoria en medio del retorno. La experiencia de la comunidad El Encanto, Alto Ariari (Colombia)

A veces me da por pensar que es un acto de cobardía el irse. El hecho de ser obligado a dejarlas cosas que has construido, los espacios de lucha que te enriquecen en tu condición de ser humano, y dejarlo todo por las amenazas o la inminencia de la muerte, es enajenarle tu libertad a los verdugos, es endosarle al criminal la condición de un dios que puede decidir sobre tu vida o tu muerte. No lo acepto, ceder, me parece más terrible que la muerte misma (Giraldo Cardona, citado por CINEP, 2009).

Para aproximarse al caso colombiano, se analizaron los testimonios de los campesinos de la Comunidad Civil de Vida y Paz, Zona Humanitaria en la Vereda El Encanto,<sup>27</sup> municipio el Castillo, en la región del Alto Ariari, Departamento del Meta, Colombia; dichos testimonios están consignados en el documental *La voz de las piedras*.<sup>28</sup> Si bien las posibilidades del relato se dificultan en medio de la presencia del conflicto, se asumió la posibilidad de la memoria. Constatando la presencia de relatos subterráneos que adquieren particularidades en su construcción, se constituyeron en memorias dinámicas que se asumen como resistencias contra el olvido, el silencio, la impunidad y la violencia.

### 5.1 La memoria en defensa de la identidad campesina

La Comunidad Civil de Vida y Paz, Zona Humanitaria en la Vereda El Encanto, es la forma organizativa que adoptan los campesinos de la vereda El Encanto —Alto Ariari— para lograr el retorno a su “fincas”, después del desplazamiento forzado al que se vieron sometidos por grupos paramilitares durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (tiempo durante el cual la región del Alto Ariari fue catalogada como zona de influencia guerrillera y comunista, lo que se tradujo en un fuerte control del territorio).

Los hechos de violencia sobre la población campesina son justificados con el argumento de que los campesinos son colaboradores o militantes de

<sup>27</sup> De ahora en adelante, nos referiremos a esta comunidad como El Encanto.

<sup>28</sup> *La voz de las piedras* es una de las partes de la película *Los invisibles*, producida por Javier Bardem en el año 2007, como homenaje al veintavo aniversario de la ONG Médicos Sin Fronteras. Dirigido por Javier Corcuera (2007).

los grupos guerrilleros, lo que los transforma en objetivos militares. Así, la región se llenó de presencia militar encargada de llevar a cabo operaciones contra insurgentes (por cada habitante hubo tres unidades militares), que paradójicamente no lograron frenar (ni siquiera advertir) las acciones paramilitares (CINEP, 2009). Esta situación obligó al desplazamiento forzado de varias familias que buscaron escapar a la violencia, fruto de la implementación de estas políticas por parte del Estado. Sin embargo, como dan cuenta los testimonios, con el destierro y su llegada a Bogotá no terminaron los conflictos. No sólo pierden su territorio de forma violenta, sino que en el transcurso de su destierro hay una prolongación de esa experiencia, migrando primero dentro del mismo departamento, para después movilizarse de una región a otra, y encontrarse con los mismos actores que los obligaron a desplazarse durante todo su trayecto, incluyendo el lugar de recepción: Bogotá.

Los relatos de los campesinos van marcando las distintas etapas del pasado reciente en Colombia, comenzando con el período de La Violencia (1940-1960), pasando al de las guerrillas comunistas, siguiendo con la presencia del narcotráfico y el “paramilitarismo” (1970-1980), la persecución y el “genocidio político” de la Unión Patriótica (1986-1998) y, por último, “los diálogos del Caguán y el Plan Colombia (1998-2002)” (CINEP, 2009:5).

Corcuera (2007) da cuenta del itinerario de violencia que han soportado las familias campesinas del Alto Ariari, como consecuencia de la implementación de las políticas de “seguridad democrática”. Así, los relatos de estos campesinos testimonian entre tres y cuatro desplazamientos forzados:

Esta guerra principió el 9 de abril de 1948, en esa época yo tenía por ahí unos 8 años, tres desplazamientos en los 50 años que llevo, que son de guerra, eso es lo que he tenido[...].

A mí me han desplazado cuatro veces desde que yo existo en la vida, desde que tenía 5 años mis padres fueron desplazados. Nos sacaron porque esta es una región muy rica en cuanto a tierra, aguas, minerales, minas; hay petróleo, esmeraldas y la región es rica pero uno es pobre... Esta ha sido una región de guerra toda la vida, ¡aquí hubo un tiempo que todos los días amanecían

dos muertos!, bajar la gente de los buses y matarlos delante de los amigos, la familia y luego desaparecerlos ¿Quién lo hacía? El mismo ejército con los paramilitares, por lo menos en esta zona donde estamos, en esta pileta, mejor dicho, ¡que hablara esta tierra!, contaría cuántos muertos hubieron.

El destino fueron los suburbios de la capital de Colombia, como se muestra en el documental, que inicia su relato con el retorno de varias familias campesinas, desde Altos de Cazucá en Bogotá, hacia el Alto Ariari en la comunidad El Encanto. No obstante, resulta inquietante saber que escapan de la guerra, y en estos barrios de refugiados se encuentran con los mismos actores que los obligaron a desplazarse. Fenómeno que da cuenta de los alcances a nivel nacional que ha tenido el conflicto, así como del nivel de impunidad, persecución y estigmatización a la que son sometidos los campesinos.

## **5.2 Resistencia no violenta: zona humanitaria como territorio de la memoria**

¿Quiénes son los desplazados? ¿De qué nos hablan sus memorias? “Las voces de las piedras” son dos mujeres: la primera, Alejandra Cortés, quien trabaja con desplazados por el paramilitarismo. Al igual que su padre, decidió dedicar su vida a la gente desterrada, contribuyendo a su retorno (a pesar de la muerte de él y ante las constantes amenazas de los paramilitares). Así, el camino tomado por Alejandra la lleva a Altos del Cazucá, a conocer la iniciativa de retorno de la Comunidad El Encanto. La segunda mujer, Luz Neida, forma parte de la comunidad y es la que dialoga con Alejandra en varias partes del documental (al momento de la grabación, Luz Neida se encontraba a portas del retorno).<sup>29</sup>

Ser desplazado lleva la marca imborrable del destierro, de la violencia que significó la migración y el imaginario que conlleva ese título no pretendido. Al campesino en Colombia se le acusa de ser guerrillero, sobre todo si en la zona hay presencia de las FARC-EP o del ELN. Queda entonces involucrado en una guerra declarada desde El Estado, formando parte del enemigo interno que éste busca exterminar.

<sup>29</sup> En el caso específico de Luz Neida, como relata en una entrevista Javier Corcuera, el padre de ella fue asesinado por tratar de reorganizar a la comunidad luego del destierro (Rivas,2008).

Sin embargo, pese al dolor, sus memorias y voluntad los llevan al retorno y a enfrentar este fenómeno en su territorio, pero con otra estrategia, desde la construcción de un espacio diferente: se trata de la figura de Zona Humanitaria. Con el desplazamiento y abandono forzado de sus casas y fincas, se enfrentan a un complejo escenario: las tierras vacantes quedan al libre albedrío de los actores armados.

Dado que es política del Estado no reconocer el desplazamiento forzado, sobre todo luego de la política de desmovilización de los paramilitares en la zona, los terrenos son dejados sin ninguna protección legal. Una de las posibles salidas es ser declarado como desplazado, para así congelar el pago de impuestos y no permitir la venta de sus tierras. Pese a los intentos, las tierras se siguieron vendiendo, quedando como única salida el retorno y la protección desde el propio territorio (CINEP, 2009).

Como constata la investigación que realizó el CINEP en el año 2009 en el Alto y Bajo Ariari, se vislumbra una relación entre objetivos económicos y acciones represivas hacia la población civil. Primero, la ocupación ilegal de las tierras, cambiando los usos de propiedad de las mismas: “Fincas de sustentos e hicieron haciendas ganaderas, o sitios de recreo o bases armadas donde funcionaron centros de exterminio” (CINEP, 2009:15). Segundo, al ser zonas ricas en recursos naturales se necesitaba eliminar cualquier forma de resistencia política para la inserción del gran capital en las zonas.

El recorrido de la Comunidad Civil de Vida y Paz y las tácticas que se llevaron a cabo dan cuenta del coraje de estos campesinos y de su astucia para enfrentar el contexto. Desde allí nace la necesidad de construir otro espacio, gestionar de otra forma el territorio y pararse delante de los actores de violencia con otra investidura. El regreso es la posibilidad de proteger sus tierras y de enfrentar las maniobras de autoritarismo del pasado y del presente, de los crímenes que siguen ocurriendo, respondiendo con estrategias de vida y paz. En ese contexto, los trabajos de memoria surgen como posibilidad de duelo en su propio movimiento, en su puesta en relato en el territorio; esta es una de las más importantes características de los trabajos de memoria que se realizan en Colombia y que van de la mano de estas estrategias no violentas para poner fin al conflicto armado.

## 6. Reflexiones finales: memoria ¿para qué?

La presentación de ambos casos puede llevar a ciertas imprecisiones que vale la pena aclarar: por ejemplo, puede conducir a “igualar” o “diferenciar” en exceso, a partir del llamado “ranking de efectos” o “del horror”, tratando de subrayar estadísticamente que un país tenga más niveles de violencia o de víctimas. Por el contrario, este trabajo es un intento de aproximar experiencias y recorridos, haciendo dialogar particularidades de cada contexto, y tratando de captar no solo lo sucedido, sino también formas de defensa, que se convierten en estrategias para asegurar el recuerdo y preservar las huellas tangibles de los acontecimientos y agravios sufridos.

Las batallas por las memorias son disputas por el significado simbólico del pasado; son apuestas al futuro, definiciones del tipo de sociedad que queremos. Asimismo, en aquel relato la memoria de las víctimas del terrorismo de Estado tiene una “importancia particular”, ya que “es la única interesada en el establecimiento de la verdad” (Grosso, 2001:39). Es la única que con su movimiento mantiene viva la demanda social por verdad, memoria y justicia.

Observar el caso colombiano y dialogar con él, permite plantear solidaridades entre ambas experiencias con respecto a la memoria, la historia oral, la justicia y el compromiso científico (investigadores), en relación con contextos de violencia o contextos transicionales y pos transicionales (sobre todo en lo que respecta a la posibilidad de representación del pasado ya reparaciones en relación con el mismo).

Los trabajos de la memoria en Chile han tenido que sortear varios acontecimientos históricos que los han marcado. De la alegría y el compromiso iniciales, pasó por el difícil trance que significó el golpe y la imposición de un régimen militar. Sin embargo, durante este período (1973-1990) se tejió una red de esperanza desde la lucha por encontrar a seres queridos, dando paso a la búsqueda de verdad y justicia. Desde este piso comienza a configurarse otro marco social de la memoria. Es una memoria con sed de conocimiento sobre el pasado, que exige la transmisión negada, boicoteada; es una sed que reivindica políticamente ese tiempo aplastado, los derechos reprimidos, los proyectos políticos truncados, aceptando que

la Unidad Popular fue una experiencia política positiva. Lo que conlleva a otra lectura del pasado y del porvenir.

El caso de Colombia sigue siendo difícil de explicar, en primer lugar porque resulta incomprensible el nivel de barbarie e impunidad con las que han podido llegar a actuar los actores armados. Segundo, por el amparo y la indiferencia internacional, ya sea por desconocimiento o por conveniencia. Esa guerra contra el campesino, contra su modo de vida, su estructura económica, su cosmovisión, ha sido subestimada a nivel regional, y se ha preferido no hablar de ello.

En suma, las estrategias y la apuesta de las memorias y representaciones que realizan las comunidades afectadas por la violencia van dando cuenta del nacimiento de “memorias ejemplares” desde las cuales se puede ir pensando la idea de posconflicto. Ahí donde los recuerdos se transforman en un peso, se observa que en Colombia se articulan con la dignidad de quien busca construir otra conciencia de la humanidad a partir de su propio dolor y experiencia, como da cuenta el testimonio de Luz Neida y el memorial de piedras realizado por la Comunidad El Encanto, que es recurrente en otras comunidades en Colombia (CNRR, 2009):

Luz Neida: Nosotros hemos buscado como la manera de dejar símbolos, de buscar cómo hacer memoria, dejando los nombres de nuestras víctimas, dejando en, como un sello pues sobre las piedras, acá está los nombres de unos poquitos, desaparecidos, torturados, niños, adultos, descuartizados, incluso llegaron asesinar con moto sierra... los habrán podido destrozar los cuerpos, les quitaron la vida, pero los sueños, nosotros como comunidad, como personas, como seres humanos, no podemos dejar que se pierda... aquí están en juego nuestras vidas y si ellos lucharon por el sueño de regresar, nosotros estamos encargados de que esos sueños se cumplan, de que ese sueño de estar en la tierra, que era el sueño de mi padre y de muchas otras personas que están en la misma situación y de que hay un dolor muy grande, pero ese es el que lo ayuda a uno para seguir adelante.

## 7. Referencias bibliográficas

- Avello, David; Cartagena, Juan; Escalona, Adrián; Farías, Guillermina; Hernández, Edisón; Vivanco, Sandra; Lobos, Juan; Paredes, Gustavo; Sandoval, Patricio y Vásquez, Bolívar. (1989). *Constructores de ciudad. Nueve historias del primer concurso "historia de las poblaciones"*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Ansaldi, Waldoy Giordano, Verónica (2012). *América Latina. La construcción del orden*. Tomo II: De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración. Buenos Aires: Ariel.
- Bengoa, José (2006). Reforma Agraria en Chile: a treinta años del setenta y tres y a cuarenta de su comienzo. Propositiones, rupturas y derroteros. En: Zapata, Francisco (comp.). *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Becerra, Mauricio (2012). *Entrevista a los historiadores César Leyton y Cristián Palacios. Las olvidadas erradicaciones de la dictadura*. Santiago de Chile: El Ciudadano. <http://www.elciudadano.cl/2012/12/17/61685/las-olvidadas-erradicaciones-de-la-dictadura/>
- Briceño-Donn, Marcela y Uprimny, Catalina (2009). A manera de introducción. Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia. En Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ). *Recordar en conflicto: iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: Ictj.
- Cáceres, Gonzalo y Millán, Rodrigo (2014). *El Santiago de Pinochet: Represión, autoritarismo e institucionalización (1973-1981)*. Registros, revista de investigaciones históricas. Buenos Aires: FAUD/UNMdp, N°11.
- CINEP (2009). *Caso tipo N°8. Ariari: Memoria y resistencia 2002-2008*. Bogotá: CINEP.
- CNRR (2009). *Memorias en tiempo de Guerra. Repertorio de iniciativas*. Bogotá: Punto aparte Editores.
- De Ramón, Armando (2007). *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*. Santiago de Chile: Catalonia.
- Espinoza, Vicente (1988). *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Farías, Guillermina (1989). *Lucha, vida, muerte y esperanza: Historia de la Población La Victoria*. En Avello, David; Cartagena, Juan; Escalona, Adrián; Farías, Guillermina; Hernández, Edisón; Vivanco, Sandra; Lobos, Juan; Paredes, Gustavo; Sandoval, Patricio y Vásquez, Bolívar. (1989). *Constructores de ciudad. Nueve historias del primer concurso "historia de las poblaciones"*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.

- Feld, Claudia. (2011). Prólogo. *La memoria en su territorio*. En Fleury, Béatrice; Walter, Jacques (comps.). *Memorias de la piedra. Ensayos en torno a lugares de detención y masacre*. Buenos Aires: Ejercitar la Memoria.
- Gárces, Mario; Ríos, Beatriz; Suckel, Hanny (1993). *Voces de identidad. Propuesta metodológica para la recuperación de la historia local*. Santiago de Chile: CIDE/ECO/JUNDEP (FONDEC/MINEDUC).
- Garcés, Mario (2005). Construyendo “las poblaciones”: El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular. En: Julio Pinto, *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago, LOM: 57-79.
- Grosso, Bruno y Flier, Patricia (comps.); (2011). *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*. La Plata, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Barcelona: Akal
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lawner, Miguel. (2008). Viviendas dignas para hombres dignos. En Miguel Lawner, Hernán. Soto y Jacobo Schatan, *Salvador Allende. Presencia en la ausencia*. Santiago, LOM: 281-305.
- La Capra, Dominick (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Leal, Francisco (1989). *Estado y política en Colombia*. Bogotá: Siglo XXI.
- Nicholls, Nancy (2007). *Chile: Las paradojas de la memoria, entre el boom y la negación*. En *Revista Puentes*, Comisión Provincial por La Memoria N° 22. [http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyensenanza/pdf\\_biblioteca/Nicholls%20Paradojas%20de%20la%20memoria.%20Entre%20el%20boom%20y%20la%20negaci%C3%B3n.pdf](http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyensenanza/pdf_biblioteca/Nicholls%20Paradojas%20de%20la%20memoria.%20Entre%20el%20boom%20y%20la%20negaci%C3%B3n.pdf)
- Paredes, Gustavo (1989). *El sueño conquistado Población Herminda de La Victoria*. En Avello, David; Cartagena, Juan; Escalona, Adrián; Farías, Guillermina; Hernández, Edisón; Vivanco, Sandra; Lobos, Juan; Paredes, Gustavo; Sandoval, Patricio y Vásquez, Bolívar. (1989). *Constructores de ciudad. Nueve historias del primer concurso “historia de las poblaciones”*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Pécaut, Daniel (2001). *Orden y violencia: evolución socio-política entre 1930 y 1953*. Bogotá: Norma.
- Portelli, Alessandro (2004). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Aredeatinas, La Memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, Alfredo; Rodríguez, Paula (2014). *Santiago una ciudad neoliberal*. Quito, cuestiones urbanas regionales Volumen 1, nro.1, pp.101-124.



- Roussou, Henry (2007). La trayectoria de un historiador del tiempo presente, 1975-2000. En Anne Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. <http://historizarelpasadovivo.cl/downloads/roussou.pdf>
- Rouquié, Alain (2011). *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina*. Buenos Aires: FCE.
- Sánchez, Elías (2014). Las huellas del pasado reciente de Santiago de Chile. Historia(s) y memoria(s) del Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM) 1971-2010. En: Flier, Patricia (coord.) (2014). *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en historia reciente*. La Plata, Argentina: Editorial Universidad Nacional de La Plata/ Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. [http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/44060/Documento\\_completo.pdf?sequence=1](http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/44060/Documento_completo.pdf?sequence=1)
- Sepúlveda, Daniela (2004). *Período de participación popular 1964-1973*. En MINVU. *Un siglo en políticas de vivienda y barrio*. Santiago de Chile: Pehuén.
- Stern, Steven (2000). De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998). En: Garcés, Mario; Milos, Pedro; Olgún, María; Pinto, Julio.; Rojas, M.; Urrutia, M. (comps.). *Memoria para un nuevo Siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago de Chile: LOM.
- Traverso, Enzo (2007). Historia y memoria. Notas sobre un debate. En: Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Traverso, Enzo (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Uribe, María (2009). Iniciativas no oficiales: un repertorio de memorias vivas. En: Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ). *Recordar en conflicto: Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: ICTJ.
- Villa, Juan (2009). La memoria como territorio en disputa y fuente de poder: un camino hacia la dignificación de las víctimas y la resistencia no violenta. En: Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ). *Recordar en conflicto: Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: ICTJ.
- Villagrán, F.; Agüero, F.; Salazar, M.y Délano, M. (2005). *Represión en dictadura: el papel de los civiles*. Nosotros los chilenos N.º 15. Santiago de Chile: LOM.
- Yerushalmi, Yosef; Loraux, Nicole; Mommsen, Hans; Jean Claude y Vatino (1998). *Usos del olvido*. Comunicaciones al Coloquio de Royaumont. Buenos Aires: Ediciones NuevaVisión.
- Documental:
- Corcuera, Javier (2007). *La voz de las piedras*. En Documental Los Invisibles, España.